

DE BUENAS LETRAS

# Palabras

RAFAEL GUILLÉN

DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

**H**ubo un relato que conmocionó los sentimientos de mi todavía imberbe adolescencia. Se trata de 'La Galerna', de Alberto Risco. La descripción de un oleaje aterrador hundiendo barcos pesqueros en el Cantábrico, los familiares de los pescadores oteando su regreso desde los acantilados –«¡allí llega uno! Maitte, parece ser el vuestro»–, las madres, las esposas, intuyendo, sabiendo ya, que muchas de ellas regresarían a casa viudas, los pueblos enteros –Bermeo, Lequeitio– agolpados en el rompeolas...

Pues bien, diría que una de las fuentes de inspiración de Risco fueron las connotaciones históricas de la palabra 'galerna'. Y que esta inspiración se hubiese ido al garete al hablar de una 'ciclogénesis explosiva', reciente denominación de estos fenómenos meteorológicos.

Las palabras, rodando a través del tiempo, han ido adquiriendo una pátina, un peso, una consistencia y, contando con su fonología o, en algunos casos, con su circunstancial coincidencia onomatopéyica, se han ido acomodando al concepto, hasta el punto de identificarse con él. ¿Cuántos siglos tardará

la 'ciclogénesis explosiva' en adquirir esa pátina? Más aún, las palabras se pueden flexibilizar por medio de adjetivos. Y un 'temporal' puede ser fuerte o no. Con 'ciclogénesis explosiva' está todo dicho. Pero, ¿y lo bien que queda el locutor o el que lo comenta con su compadre en el bar de la esquina?

No contentos con introducir en nuestro lenguaje anglicismos, galicismos y demás ismos, y de tener que admitir como términos propios los de difícil traducción al español derivados de los avances de la técnica, pretendemos ahora hacer moneda corriente de la terminología científica. Recuerdo una conversación en el ambulatorio de la Seguridad Social. Una mujer comentaba: «Pues el médico le ha sacado a mi marido que tiene hígado». ¿Qué tenía que haber dicho? ¿Que el médico había descubierto que su marido padecía una hemocromatosis tipo 2B que le afectaba el hígado?

Esto me recuerda ese afán, muy en boga, de alargar las palabras. Unas veces con ánimo de parecer más ilustrado (por ejemplo, 'culpabilizar', por 'culpar', 'intencionalidad' por 'intención', o 'desertificar' por 'desertizar'), palabras que al final tiene que admitir

la Real Academia ¡qué remedio! Yo siempre he usado desertización porque desertificación me sugiere una desertificación de nacimiento o una desertificación de defunción. Otras veces, las más, se alargan las palabras por pura ignorancia ('visualizar' por 'ver', cuando visualizar significa representar gráficamente algo de difícil explicación o imaginar algo que no está a la vista. Se oye decir: «En cuanto lo visualizó»). También, en el capítulo de la ignorancia, escuché decir a alguien, enfadado: «¡Exacto! a ver si te enteras». Y para más énfasis añadió «¡exacto, ignorante, con equis griega!».

¿Y la desvirtuación de las palabras? Comentaba una señora en una reunión: «Pues mi hijo está en una escuela de alta restauración». Y yo, ingenuo, intervine: «Si su hijo ha estudiado arte, quizás conozca a la mía». Y añadí: «Debe de ser complicado restaurar un cuadro renacentista». La señora me miró desconcertada. «Verá, señor, –dijo– mi hijo se crió en el campo y se inventa unos platos a base de verduras que son la admiración de sus profesores». Y es que la palabra cocinero, profesión tan digna como la de arquitecto o escritor, se ha desvirtuado, posiblemente debido a una mala interpretación de la lucha de clases.

El tema es inagotable y Lázaro Carreter se encargó de él con sus dardos. Libremente Dios de emularlo. Solo pretendo denunciar unos nuevos vicios del lenguaje coloquial, lindantes con la pedantería, que, sea con cientifismos, sea con neologismos, sea por simple ignorancia, lo están corrompiendo. Y si hago mal denunciándolo, que me lleve por delante una 'ciclogénesis explosiva'.